

LA GOTA DE AGUA



Para niños y niñas de 6 años. Escrito por Asja Olga Schalekamp con ilustraciones de Muriel Ten Cate. Hay más cuentos de Asja Schalekamp.

Copyright: Asja Schalekamp 2011 y digiboeken.org/paraplu producties, info@digiboeken.org

Copyrights Junio 2011: Texto: Asja Olga Schalekamp. Ilustraciones: Lorna Winkelmann, descargas y compras: WWW.digiboeken.org/P.P.

LA GOTA DE AGUA

Había una vez una gotita de agua. De esas gotas que, cuando vas a beber a una fuente, pisas un charco o chapoteas en el agua del mar, te salpican la cara.

La gotita era dulce y transparente, pero no era como las demás. Era un poco rebelde. Ella no quería ir a parar a un desagüe o acabar dentro de un charco lleno de barro o perdida y salada en un gigantesco océano.

Había venido con una nube que había descargado su preciado fluido sobre una isla que tenía mucha necesidad de agua. Pero no siempre había sido así: Hace muchos años sus torrentes parecían ríos caudalosos y sus pozos y fuentes brotaban llenas de vida. Los habitantes de la isla sólo utilizaban el agua cuando la necesitaban: Para beber, regar y asearse.

Pero ahora la isla se había convertido en asfalto y cemento. Edificaban hoteles sobre los lechos de los torrentes, excavaban túneles dónde antes manaba una fuente y destruían bosques húmedos para construir autopistas.

Los pozos, que tanto apreciaban los campesinos, se habían secado. El agua era utilizada para regar los campos de golf y para llenar las piscinas de los hoteles.





Por esto la gotita, desde que había salido de la nube en forma de lluvia, no queriendo hacer compañía a las ratas de una cloaca o tener que soportar el olor a cloro de las piscinas de los hoteles, decidió seguir flotando en el aire dejándose llevar por la suave brisa marina.

Tampoco se atrevía cruzar el extenso mar. Tenía miedo de que alguna tormenta le arrastrase a lugares desconocidos o que la hiciera caer al mar convirtiéndose en la espuma salada de una ola.

Se quedó en la isla. Pero sabía que no podía quedarse flotando en el aire eternamente.

Cuando llovía, cantaba y bailaba con sus hermanas y se dejaba llevar por ellas llenando los secos torrentes de agua pura y transparente y haciendo manar los manantiales. Todo parecía llenarse de música y alegría. Hasta los habitantes de la isla parecían más felices.

Pero el agua de la lluvia acababa toda en el mar o en un pantano muy grande desde dónde se distribuía rápidamente a miles de grifos, duchas, aspersores y piscinas. Entonces decía adiós a sus diminutas hermanas. Éstas insistían: -Vente con nosotras, no te quedes sola.

-No, les contestaba la gota, quiero seguir como soy, dulce y pura.

A veces pasaba tan cerca de las personas, que les llegaba a rozar la mejilla. Entonces se paraban. Algo muy suave les había tocado. Y como un ligero escalofrío de placer les recorría el cuerpo. ¿Qué había sido?

Pero allí no había nada; sólo una gota de las últimas lluvias se balanceaba por encima de la gente. Luego se elevaba hacia arriba ayudada por un pequeño golpe de viento.

Por la noche, cuando todo estaba en silencio y ni un suspiro movía las ramas más delgadas de los árboles, se posaba sobre la hoja de alguna higuera. Las hojas de estos árboles eran grandes y formaban un hueco dónde ella se podía esconder.

Allí se quedaba esperando el amanecer, hasta que de nuevo el cielo azul le lanzaba un leve soplo llevándosela campo través.

Un día, como otras veces ya había pasado, amaneció con un sol resplandeciente y dispuesto a trabajar a tope. Era verano y esta vez la brisa marina se hacía esperar. La hoja, en dónde se hallaba la pequeña gota, no se movía ni lo más mínimo. La gota asomó una puntita de agua para ver si podía sentir un poco de airecillo. Pero se tuvo que esconder rápidamente en su refugio, la hoja de una gran higuera. Las ramas cargadas de gruesos higos maduros, le daban sombra. Menos mal, porque el fuerte sol la hubiese hecho desaparecer.

Pasaron las horas. Cuando ya estaba empezando a pensar que se convertiría en una tenue nubecilla de vapor, escuchó voces. Se acercaba una familia. El papá, la mamá y tres niños. Llevaban una escalera. Se pararon justo debajo de la higuera. Colocaron la escalera junto al tronco y decidido el padre se subió a ella. Empezó a coger higos. Las ramas comenzaron a moverse y la hoja dónde estaba la gota temblaba peligrosamente haciendo que se deslizase de un lado a otro. Como no hacía viento, sabía lo que le podía ocurrir: caería justo sobre la tierra seca que la engulliría sin piedad.



¡Uf, menos mal! El padre se bajó de la escalera y la movió de sitio, lejos de dónde estaba la angustiada gota.

La familia, además de guardarlas en un cesto, comía higos. Hablaban sobre el calor que hacía.

-Mira como está la tierra papá, comentó uno de los niños.

-Si, muy seca. Hace tiempo que no llueve. El agua se nos está acabando.

-¿Tenemos que regar esta noche? Preguntó una niña.

-Claro, fíjate como están los tomates contestó la madre señalando un huerto dónde crecían las tomateras.

Las pobres estaban todas con las hojas caídas y como dormidas. La gotita le dio pena ver las plantas tan sedientas. Le hubiese gustado ayudarlas, pero sabía que una sola gota como ella no servía de nada.

-Podría intentar de nuevo con la varita y buscar agua dijo uno de los niños.

-No sé hijo, haz lo que quieras. No creo que haya ningún pozo por aquí le contestó el padre.

Siguieron cogiendo higos. Cuando tuvieron el cesto lleno se marcharon dirigiéndose hacia una finca que había un poco más lejos.



La gotita se quedó triste y sola. Estaba cansada de viajar por aquí y por allá. Pero tampoco podía quedarse para siempre escondida en la higuera. La hoja que le servía de refugio, tenía bastante sed y sentía ganas de beberse esta sabrosa agua en forma de una dulce lágrima.

Cayó la tarde. Volvieron los tres niños. Uno de ellos llevaba una vara formada por dos ramas unidas en una sola punta. El niño, con sus dos manos, agarraba fuertemente los dos extremos de la rama y la punta miraba hacia delante.

-¡Vamos a buscar agua! gritaron los niños entusiasmados.

-Aquí donde está la higuera no lo hemos probado

Empezaron a caminar poco a poco en círculos rodeando el árbol. La gotita les contemplaba asombrada. Parecía que estuviesen jugando, pero los niños estaban muy serios y avanzaban en silencio.

De repente una ligera brisa cálida hizo estremecer las hojas de la higuera. La gotita de agua se deslizó suavemente por la hoja y cuando llegó al borde abandonó su refugio y empezó a flotar de nuevo en el aire. Se iba moviendo hacia dónde estaban los niños y el vientecillo caprichoso le dejó balanceándose por encima de sus cabezas. Los últimos rayos de sol le daban un color dorado. Brillaba como una pequeña estrella.



Los niños enseguida se fijaron en ella.

-¡Mirad que bonito! ¿Qué será?

-¡Una hada! exclamó la niña más pequeña.

-No, será una luciérnaga dijo la niña mayor.

Empezó a soplar un poco más de viento y la gota se fue alejando. Los niños, corriendo y riendo, la seguían.

De repente el viento se paró y también la gota. Un diminuto segundo quedó suspendida en el aire y luego cayó.

-¡Oh! exclamaron los niños a coro, se cae.

La asustada gota vino a parar justo sobre la punta de la vara que se movió hacia abajo, siguió cayendo hasta topar con el árido y duro suelo, desapareciendo hacia dentro en un abrir y cerrar de ojos. Mientras se la estaba tragando la sedienta tierra, todavía podía escuchar a los niños que gritaban:

-¡La vara se ha movido! ¡Papá, mamá, hemos encontrado agua!

-¿Agua? Pensó la gota extrañada, si sólo soy una gotita.

Pero cuando ya se imaginaba desaparecer entre las raíces de alguna planta hizo ¡PLIN! y aterrizó en un gran charco de agua limpia y dulce.



-¿Qué es esto? Se preguntó.

Nadie le contestó. Simplemente millones de gotitas como ella la envolvieron cariñosamente y le dieron la bienvenida dentro de aquel río subterráneo que, hacía siglos corría tranquilamente en el interior de la tierra.

Unas semanas más tarde los campesinos hicieron un agujero muy hondo y efectivamente, encontraron agua justo dónde la vara había apuntado y justo dónde aquella especie de lágrima dorada había caído.

Tuvieron abundante agua para regar el huerto. Las hortalizas crecían fuertes y sanas, las cosechas de los frutales eran jugosas y dulces. Además, la gente del lugar decía que jamás habían bebido un agua tan buena como esta.

¿Y la gotita? Pues ¡Felizi





Si te ha gustado este cuento, agradeceríamos una pequeña donación, para que así podamos elaborar más cuentos: www.digiboeken.org

KNAB: NL96 KNAB 0736 2884 14 BIC: KNABNL2H

Copyrights: Asja Olga Schalekamp 2011-2015 y digiboeken.org

